

CARTAS



PRESENTACIÓN

Pocos escritos como las cartas de una persona revelan su interioridad, sus anhelos, sus secretos, en una palabra: su personalidad. Aunque la correspondencia de Luis María no es abundante, sólo se conserva una parte de la misma que se refiere más a temas espirituales y apostólicos que a relaciones familiares y sociales. Todas las cartas reflejan la experiencia personal de Dios como Padre, Salvador, Espíritu, Sabiduría y Providencia divina. Igualmente revelan el amor a la Santísima Virgen, a la Iglesia, a la cruz, a la pobreza y a la soledad. En ellas resaltan la preocupación por el servicio a los pobres y el anuncio de Jesucristo y de su Evangelio, el discernimiento vocacional y el compromiso apostólico.

De la correspondencia de Luis María de Montfort nos han llegado 34 cartas personales y 2 grandes cartas circulares: *A los Amigos de la Cruz* y *A los Habitantes de Montbernage*, que se presentan como escritos apostólicos al estilo de San Pablo cuando escribe a sus comunidades o grupos evangelizados.

Los biógrafos hablan de una carta escrita por el joven Grignon desde París a su amigo Juan Bautista Blain para invitarlo a encontrarse en la ciudad. En 1716 escribió también al Señor Caris de la comunidad del Espíritu Santo, “para pedir que le envíe algunos buenos eclesiásticos que quieran asociarse a su trabajo. María Luisa de Jesús, según su biógrafo, el Señor Allaire, hubiera

quemado “un buen número de cartas” recibidas de Luis María de Montfort, por delicadeza exagerada de conciencia y por obediencia a un confesor.

De las 34 cartas conservadas: 12 fueron escritas a su familia: sus padres, su hermana Guyonne-Jeanne y su tío Alain Robert; 6 a su director espiritual, el Señor Leschassier; 10 a las Hijas de la Sabiduría: María Luisa de Jesús Trichet, Catalina Brunet, Ana María Régnier y la Comunidad; 2 a religiosas desconocidas, 1 al párroco de Bréal, al de Pontchâteau, el Señor Carrière, al Superior General de los Padres Dominicos; otra a la Señorita Dauvaise, y las dos circulares. Solamente de tres cartas: 11, 22 y 23, se conservan los originales. Copias de las otras fueron transmitidas por Grandet, Picot de la Clorivière y Besnard, biógrafos de Luis María Grignon.

Las cartas circulares de 1706 y 1714 son frutos de circunstancias dolorosas. Luis María había recibido, por decreto episcopal, prohibición de predicar en Poitiers, Nantes y Rennes. Sin queja alguna obedece sinceramente a la autoridad que, para él, manifiesta la voluntad del “Padre que nunca falla”. Con sencillez escribe a los habitantes de Montbernage en Poitiers: “No pudiendo hablarles de viva voz, porque me impide la santa obediencia, me tomo la libertad de escribirles, ya sobre mi partida (a Roma), para confirmarles en las verdades que les transmití” (CM 1).

A los *Amigos de la Cruz* les escribe: “Puesto que la divina Cruz me mantiene oculto y me prohíbe dirigirles la palabra, no me es posible, y ni siquiera deseo hablarles, para exponerles los sentimientos de mi corazón sobre la excelencia y las prácticas divinas de su unión en la cruz adorable de Jesucristo” (AC 1).

Sería muy interesante y útil interpretar las cartas según el ambiente social, religioso y personal que comporta cada una: jansenismo, quietismo, Port-Royal, San Sulpicio, París, Nantes, Poitiers, Roma, misionero apostólico, misiones monfortianas, Hijas de la Sabiduría... Entre las múltiples reflexiones que suscita esta correspondencia, la de más interés e importancia es quizá la que resalta la línea constante y perfecta de la trayectoria espiritual de Luis

María Grignion de Montfort. Su actitud se podría expresar así: toda la vida de Luis María fue marcada y guiada por el amor de la Sabiduría eterna y encarnada, Jesucristo, Hijo único de Dios en la eternidad, Hijo único de María en el tiempo de la Encarnación.

En su carne Luis María experimentó la sabiduría del “lenguaje de la cruz” 1Co 1,18; y se dedicó a ignorarlo todo excepto a Jesucristo crucificado 1Co 2,2. El amor de Dios, “Dios Solo” ilumina y dirige su vida y su camino. Cada vez más le fascina la divina Sabiduría. Lo seduce a seguir los caminos que conducen al Calvario dejando entrever ya y vivir los esplendores de la aurora en espera de la luz y de la gloria. Las humillaciones más punzantes, las más amargas persecuciones purifican su amor y hacen irradiar su gozo. Vuelve a vivir la experiencia de San Pablo con quien dice: “Me siento lleno de consuelo. Rebose alegría en medio de todas mis penalidades” 2Co 7,4. “Con Cristo estoy crucificado, y ya no vivo yo, vive en mí Cristo” Ga 2,19-20.

La correspondencia de San Luis María es el espejo de su alma y de su vida y lo proyecta como un testigo ardiente del Amor. Esta perspectiva espiritual atraviesa toda su vida, compromete toda su acción misionera y proyecta toda su visión de guía, testigo y doctor de la Iglesia que sirvió él y seguirán sirviendo los discípulos de Jesucristo suscitados por el dinamismo de la Sabiduría divina encarnada ininterrumpidamente en el tiempo.

Su pensamiento es la expresión de su experiencia de Dios comunicada a través de sus Cartas y de todos sus escritos. Cada página de las Obras Completas es un segmento de la línea proyectada a lo largo de su vida y continuada a través de la Compañía de María, de la familia monfortiana y de todos los discípulos de la Sabiduría divina insertados en la misma trayectoria espiritual.

Todos los aspectos de la espiritualidad de Luis María como seminarista, sacerdote y misionero, igual que su obediencia inquebrantable a la divina voluntad o la práctica de todas las virtudes, o las demás facetas de su experiencia de Dios, están englobados en la búsqueda apasionada y en la posesión ardiente de la divina Sabiduría. Son etapas y expresiones del objetivo único

de toda su vida: Jesús, Sabiduría eterna y encarnada; Jesús camino, verdad y vida.

La correspondencia de Luis María Grignon, igual que las relaciones de su apostolado, demuestran que poseía la Sabiduría mientras le pedía continuamente que viniera a vivir en él: “Hijo de Dios, hermosura suprema, ven a mí... Esposo inmortal, ven a mí... Sabiduría desconocida para el mundo, ven a mí”. Las Cartas dejan ver en transparente filigrana la línea directriz de toda la vida y del apostolado de Montfort. Desde su seminario posee la Sabiduría cuya presencia desea de manera cada vez más ardiente. Por tal fin ora continuamente, lleva su cruz con heroico valor y vive en la intimidad de la Santísima Virgen.

Tal vez alguien pregunte: si Montfort posee la Sabiduría, ¿por qué suplica con tanto ardor que venga a él? La unión con Jesús es un ascenso progresivo en el misterio o revelación del Dios encarnado, un descenso al misterio del Amor divino, una incursión en el misterio de Dios que es Amor. La unión con el Dios del Amor, la experiencia de Dios, la posesión de Dios, la posesión de la divina Sabiduría, avivan el deseo de penetrar de manera siempre más intensa, siempre más profunda, en el esplendor de la vida del que es Uno y Trino.

La intimidad confiada y clarividente de Luis María Grignon en su trato familiar con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo le dio la Sabiduría y la experiencia mística para percibir el plan salvador, para ver con claridad certera la misión de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia a favor del pueblo de Dios. Con tal experiencia se preparó para ser el guía seguro como misionero apostólico, como profeta de los últimos tiempos y doctor de la espiritualidad renovadora de la Sabiduría eterna y encarnada.

El Cardenal Danielou da una explicación iluminadora del misterio de la experiencia de Dios: “El exceso de gozo divino colma el alma más allá de su propia imaginación. Es la bienaventuranza, el gozo trascendente. Y este gozo borra todos los otros gozos. Los místicos han descrito incansablemente la suficiencia de Dios para el alma que ha encontrado al único necesario... Si el alma

queda colmada hasta su capacidad, Dios permanece siempre más allá de todo lo que el alma puede captar. Pero al comunicarse al alma, él dilata su capacidad y la hace capaz de una nueva comunicación. El alma está a la vez siempre colmada y siempre sedienta... La trascendencia de Dios subsiste en la comunicación misma que él concede de sí mismo, de tal manera que la visión beatífica será el eterno descubrimiento de los incomparables esplendores divinos, en el cual Dios será por fin conocido y, aunque jamás comprendido, será para siempre el más conocido y el más desconocido”.

Luis María confiaba a su hermana el 1º de enero de 1713: “Te sorprenderías, ciertamente, si conocieras en detalle la amable cruz que el cielo, por intercesión de nuestra bondadosa Madre, me regala. Te ruego que des gracias por ello a mi amable Jesús y pidas a tu amable comunidad, me obtenga de Jesús crucificado la fuerza de cargar las cruces más crueles y pesadas como si fueran pajas y saber resistir con rostro de acero a los poderes infernales” (C 24). Y, el 15 de agosto siguiente: “Si conocieras en detalle mis cruces y humillaciones, dudo que tuvieras tantas ansias de verme. En efecto, no puedo llegar a ninguna parte sin hacer partícipes de mi cruz a mis mejores amigos, frecuentemente a pesar mío y a pesar suyo... Siempre alerta, siempre sobre espinas, siempre sobre guijarros afilados, me encuentro como una pelota en juego: tan pronto la arrojan de un lado, ya la rechazan del otro, golpeándola con violencia. Es el destino de este pobre pecador. Así estoy, sin tregua ni descanso, desde hace trece años, cuando salí de San Sulpicio” (C 26).

Sobre todo después de la aguda prueba de Pontchâteau, la cruz parece haber fijado su morada en él. Mas, al llevarla sobre sí, descubre cada vez mejor su misterio y con toda verdad y franqueza puede escribir: “No obstante, querida hermana, bendice al Señor por mí. Pues, me siento feliz en medio de mis sufrimientos, y no creo que haya nada en el mundo tan dulce para mí como la cruz más amarga, siempre que venga empapada en la sangre de Jesús crucificado y en la leche de su divina Madre. Pero además de este gozo interior hay gran provecho en llevar la cruz. Cuánto quisiera que pudieras ver mis cruces. Nunca he logrado mayor

número de conversiones que después de los entredichos más crueles e injustos” (C 26; VD 154).

Esta familiaridad con la cruz hace estallar su gozo que manifiesta en una fórmula nueva de saludo inicial, utilizada en sus cartas a partir del 15 de agosto de 1713: “¡Viva Jesús,! ¡Viva su Cruz!”. Entre 1694 y 1713 su saludo habitual era : “¡Que el puro amor de Dios reine en nuestros corazones!”. Así expresaba su profunda convicción respecto del amor puro.

La correspondencia de Luis María contiene y refleja el germen, el alma y con frecuencia el compendio de una unidad admirable, una constancia heroica, una rectitud ejemplar aún al seguir a veces vías aparentemente zigzagueantes.

A los 19 años Luis María llega a París sin dinero, luego de haber hecho voto de no poseer nada como propio. Se confía sin reserva a su “Padre que nunca le falla” (C 2). Con el rechazo absoluto de “revivir al mundo” (C 4), sólo desea que lo consideren “como muerto” (C 20), pues se ha desposado con la Sabiduría y la Cruz, que son sus “tesoros tan grandes que, si los conocieran, Montfort sería envidiado por los mayores ricos y poderosos de la tierra” (C 20).

A su director le informa de sus proyectos, de sus grandes deseos de hacer amar a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, de pedir continuamente con gemidos una pequeña y pobre compañía de sacerdotes ejemplares (C 5, 6, 9). Reitera que siempre tuvo inclinación por las misiones (C 11). Todo para expresar a quien considera representante de Dios su deseo ardiente de seguir en todo y por doquier la voluntad del Señor. Su resolución es no saber más que a Jesús, Sabiduría eterna y encarnada, en su amor infinito a los pobres, a los pecadores.

Luis María y la Cruz se sonríen recíprocamente. El desea las abyecciones, las humillaciones (C 15, 16, 26), porque conoce la relación entre la Cruz y Jesús (ASE 172). Nunca Jesús sin la cruz, ni la cruz sin Jesús, pues conoce los gozos que da la cruz y sabe de su valor redentor (C 27).

Luis María está siempre listo a sacrificarlo todo, a sacrificarse a sí mismo por la salvación de las almas porque conoce el precio de las almas. “Las almas son tan preciosas ante Dios, que por ellas ha derramado toda su sangre; y ¿yo no haré nada? Emprendió por ellas tan largos y penosos viajes, y yo no haré ninguno”. Arriesgó hasta su propia vida, y ¿yo no arriesgaré la mía? ¡Ah! Sólo un pagano o un mal cristiano pueden permanecer insensibles ante la inmensa pérdida de estos tesoros infinitos: ¡las almas rescatadas por Jesucristo!” (CM 6).

Recorriendo la correspondencia de Montfort, se tiene la impresión clara de ver la transformación progresiva de su alma. Lo que escribe, lo que predica, lo que practica, lo que vive. Su sacerdocio se abre a la búsqueda, a la adquisición y a la posesión de la divina Sabiduría. Cuanto más intensa se hace la experiencia de la unión con la Sabiduría eterna y encarnada, y esta unión invade todos los horizontes de sus deseos, mejor comprende que la Sabiduría es la Cruz y que la Cruz es la Sabiduría.

CARTAS



1

(Fragmento)

**A SUS PADRES O A SU TÍO, EL SACERDOTE, ALAIN ROBERT
(1653-1735)**

París.

Aparece el corazón mariano de Luis que recomienda a todos sus hermanos la devoción a la Madre de Dios como secreto de éxito, supuesto el empeño y esfuerzo personal para alcanzar las metas. José Pedro a quien menciona expresamente fue dominico. En 1706 se encontrarán los dos hermanos en el convento de Dinán.

Díganle a mi hermano José que le pido que estudie con empeño; así llegará a ser el mejor de la clase. Para ello debe colocar sus estudios en manos de su bondadosa Madre, la Santísima Virgen. Que prosiga prestándole sus humildes servicios. Ella le dará cuanto necesite. Recomiendo lo mismo a mis hermanas.

2

**A SU TÍO, EL SACERDOTE ALAIN ROBERT
París, 20 de septiembre de 1694**

Su protector, el Señor de la Barmondière, fundador de la comunidad para seminaristas pobres en 1686, murió el 18 de septiembre de 1794. Brilla la confianza de Luis María en la Providencia divina: “Tengo un Padre en el cielo que no me falla jamás”. Lo expresa luego en el lema de su vida: “Dios Sólo”.

¡El amor puro de Dios reine en nuestros corazones!
Con inmensa alegría recibí tu carta, tanto más preciosa
cuanto que viene de quien tanto me ama.

Me informas en ella de una muerte. Pues, a mi vez, tengo
que comunicarte otra: la del señor De la Barmondière, mi
superior y director, que me hizo aquí tanto bien. Lo
enterramos el domingo pasado en medio del dolor de toda
la parroquia y de cuantos lo conocieron. Vivió como santo
y como santo murió. Fundó el seminario en que me encuen-
tro y tuvo la bondad de recibirme en él gratuitamente.

No sé todavía cómo se resolverán las cosas: si me quedo o
tengo que partir, pues aún no se ha abierto el testamento.
Pero pase lo que pase, nada me preocupa; tengo un Padre
en el cielo que no me falla jamás. Que me condujo hasta
aquí, me ha conservado hasta hoy, y lo seguirá haciendo
según su constante misericordia. Aunque no merezco sino
castigos a causa de mis pecados, no dejo de implorar al
Señor y abandonarme a su Providencia.

No pude responder tu carta tan pronto como deseaba. Me
lo impidió un retiro que hice en San Sulpicio para preparar-
me a las cuatro [órdenes] menores. Que, gracias a Dios, he
recibido.

3

A SU TÍO, EL SACERDOTE ALAIN ROBERT
París, 11 de julio de 1695

*Luis María ha comenzado el 2º año de teología. Sigue presente
el tema de la Divina Providencia. Dios también deja sentir su
solicitud paternal en favor de su servidor: a través de las
personas, manifiesta su bondad y su misericordia. La vida debería
ser continua acción de gracias.*

Mi querido tío: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros
corazones!

Para saludarte muy respetuosamente y comunicarte que la Providencia me ha colocado en el seminario menor de San Sulpicio por mediación de la señora d'Alègre, aquella de quien te hablara la señorita de Montigny, y en cuya casa reside la señorita Le Breton.

Ella había destinado 160 libras de renta anual para la manutención de un clérigo. Después de la muerte del señor De la Barmondière y la unión de su seminario menor con el de San Sulpicio, se destinó esta cantidad a este seminario, donde se pagan 260 libras. La señora d'Alègre dijo a la señorita Le Breton y al superior del seminario que quería que fuese yo quien ocupara este puesto.

La señora d'Alègre –que oyó hablar de ti a la señorita Le Breton– te pide que celebres por ella una misa en el altar de la Santísima Virgen. También yo te lo suplico de todo corazón.

Sucede que esta pensión es insuficiente para pagar la del seminario menor. Pero la amable providencia de Dios me procuró, sin que yo hubiera pensado en ello, una capellanía de unas 100 libras, a dos leguas de Nantes. Esta me servirá de título para la ordenación.

Te pido que des gracias a Dios por los favores que me concede no sólo en el orden temporal –lo que sería poco–, sino en el eterno. Que no entre en juicio contra mí, pues no aprovecho sus gracias y no hago más que ofenderlo cada día.

4

**A SU TÍO, EL SACERDOTE ALAIN ROBERT
París, 6 de marzo 1699.**

Aún permanece Luis María en el seminario menor de San Sulpicio. Su intensa vida espiritual es preparación para la ordenación sacerdotal.

Te ruego decir a la señora B que recibí su paquete de cartas para el señor Obispo de San Maló.

Querido tío, te confieso que estos encargos me molestan y me hacen revivir al mundo.

Pluguiese a Dios que me dejen en paz como a los muertos en la tumba o al caracol en su concha. Pues, mientras se queda escondido en ella, parece algo. Pero, en cuanto sale, es todo inmundicia y fealdad. Eso soy yo, y aún peor, pues echo a perder cualquier empresa en cuanto intervengo en ella.

Te pido entonces, en nombre de Dios, que no te acuerdes de mí sino para encomendarme a él: *Que no triunfe el hombre... De la gente tramposa y depravada, líbrame, Señor* (Sal 43[42],1). En el Señor y su bondadosa Madre, soy tuyo en el tiempo y por la eternidad.

5

**AL P. FRANCISCO LESCHASSIER¹ (1641-1725),
SUPERIOR DEL SEMINARIO DE SAN SULPICIO
Y DIRECTOR ESPIRITUAL DE LUIS
Nantes, 6 de diciembre de 1700.**

Las cartas más largas de Montfort son las que escribe a su director espiritual. Ordenado sacerdote el 5 de junio de 1700, Luis María se fue con el Señor Lévêque a formar parte de su comunidad misionera en Nantes. Sus superiores de seminario hubieran querido retenerlo en San Sulpicio, pero respetaron sus tendencias apostólicas. Tras breve experiencia, cuenta a su director las dudas que le asaltan y las aspiraciones más válidas y decisivas que reflejan su pensamiento misionero y su inspiración de fundador inquieto por la renovación de la Iglesia, el catecismo a los pobres, la conversión de los pecadores y la formación de

¹ Decano de la Sorbona, sulpiciano de gran valía y virtud. Ocupó el cargo de rector del seminario mayor de San Sulpicio hasta el año 1700, cuando reemplazó al señor Tronsón como superior general. Al morir el señor Baiÿn pasó a ser confesor y director espiritual de Luis María.

servidores de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen María. Es el primer esbozo de lo que será la Compañía de María dentro de la gran Familia Monfortiana. ¿Qué características tiene esa pobre compañía de misioneros? (ver SA 7ss) Y es la primera vez que firma como “indigno esclavo de Jesús en María”.

Señor mío: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

No puedo expresarle la alegría interior que me ha causado su carta, aunque breve. Constituye ella una señal de la unión de caridad establecida por Dios entre Ud. y un servidor, aunque indigno, y que El desea continúe. Por esta razón, voy a darle cuenta, en pocas palabras, de mi estado actual.

No he encontrado aquí lo que esperaba, aquello por lo cual he dejado, como a pesar mío, una casa tan santa como lo es el seminario de San Sulpicio.

Anhelaba, igual que Ud., prepararme para las misiones, y sobre todo dar el catecismo a las gentes sencillas, que es lo que más me atrae. Pero no puedo hacer nada de esto. Ni sé siquiera si podré lograrlo algún día, pues el personal que hay aquí es escaso y falta de experiencia, excepto el señor Lévêque, el cual –a causa de la avanzada edad– no se halla en condiciones de dar misiones. Y si su fervor, que es grande, le llevase a ello, el señor Des Jonchères –como me manifestó– se lo impediría.

No hay aquí ni la mitad del orden y observancia del reglamento que reinan en San Sulpicio. Y creo que, mientras las cosas sigan como están, no podrá ser de otro modo. En efecto, hay que tener presente que viven aquí cuatro –por no decir cinco– categorías de personas, cuyos objetivos y aspiraciones son del todo diferentes:

1º hay cinco personas de la casa, de las cuales dos son incapaces para todo;

2º hay párrocos, vicarios, simples sacerdotes o seglares, que vienen de tiempo en tiempo a hacer retiros;

3º hay sacerdotes y canónigos, que vienen a pasar sus días en paz;

4º hay algunos sacerdotes, pero la mayoría son personas que estudian teología y filosofía, y en su mayoría visten traje seglar o hábito corto; de tal suerte que estas personas tienen casi todas reglamentos diferentes que se trazan a sí mismas y tomando de la regla común lo que mejor les parece.

Confieso que no es culpa del señor Lévêque el que no se observe la regla. El hace lo que puede, no lo que quiere. Esto especialmente en relación a algunas personas de casa a quienes no agradan mucho sus modales, aunque sencillos y muy santos.

Siendo ello así, me siento, desde mi llegada, como perplejo entre dos sentimientos al parecer opuestos. Por una parte, experimento una inclinación secreta al retiro y a la vida escondida, para aniquilar y combatir mi naturaleza corrompida, deseosa de manifestarse. Por otra, siento grandes anhelos de hacer amar a Nuestro Señor y a su santísima Madre, de correr en forma pobre y sencilla a dar el catecismo a los pobres del campo y de excitar a los pecadores a la devoción a la Santísima Virgen. Es lo que hacía un piadoso sacerdote muerto aquí hace poco en olor de santidad: iba de parroquia en parroquia enseñando el catecismo a la gente del campo a expensas de la Providencia.

Padre carísimo, no soy digno –es verdad– de empleo tan honorífico; pero, ante las necesidades de la Iglesia, no puedo menos de pedir continuamente con gemidos una pequeña y pobre compañía de sacerdotes ejemplares que desempeñen ese ministerio bajo el estandarte y protección de la Santísima Virgen. Trato, sin embargo –aunque con dificultad–, de calmar estos anhelos, por buenos y continuos que sean, mediante el olvido absoluto de todo lo mío en

brazos de la divina Providencia y una perfecta obediencia, sometiéndome a los consejos de Ud., que consideraré siempre como órdenes.

Al igual que cuando estaba en París, me asaltan deseos de unirme al señor Leuduger, maestro de teología de Saint-Brieuc, excelente misionero y hombre de mucha experiencia o de trasladarme a Rennes y retirarme al Hospital General al lado de un sacerdote ejemplar, conocido mío, a fin de dedicarme a obras de caridad entre los pobres.

Pero rechazo todos estos anhelos sometiéndolos al querer divino -mientras espero los consejos de Ud.-, sea que me ordene permanecer aquí, aunque no siento inclinación alguna a ello, sea que me envíe a otra parte.

En la paz de Nuestro Señor y de su santísima Madre, me atrevo a suscribirme totalmente sumiso a sus órdenes.

Me tomo la libertad de saludar al P. Brenier, a quien expongo -si Ud. lo cree oportuno- todo esto.

Grignon, sacerdote
e indigno esclavo de Jesús en María.

6

**AL P. FRANCISCO LESCHASSIER,
SUPERIOR DEL SEMINARIO DE SAN SULPICIO
Y DIRECTOR ESPIRITUAL DE LUIS
Poitiers, 4 de mayo de 1701.**

Tras el desencanto sufrido en la comunidad de San Clemente, en Nantes, Luis María es orientado providencialmente a trabajar con los pobres del hospital de Poitiers, a raíz de su encuentro con la Señora de Montespan, en el monasterio de Fontevrault, a donde había ido para la toma de hábito de su hermana Silvia.

Señor y Padre carísimo en Jesucristo: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

El señor Obispo de Poitiers me ordena escribir a Ud. lo que sigue:

El cuarto domingo de abril recibí una carta de mi hermana de Fontevrault, escrita por orden de la señora de Montespán.

En ella me pedía que me trasladara sin tardanza a Fontevrault para asistir a la toma de hábito, que tendría lugar el martes siguiente. Salí ese mismo día a pie. Llegué a Fontevrault el miércoles por la mañana, día siguiente de la toma de hábito de mi hermana.

Durante los dos días que permanecí en Fontevrault tuve el honor de entrevistarme privadamente varias veces con la señora de Montespán. Me interrogó sobre muchas cosas, y en particular sobre mi persona. Me preguntó acerca de mis planes para el futuro. Contesté a esta pregunta manifestándole, ingenuamente, la inclinación –que Ud., Padre, conoce– de trabajar para el bien de mis hermanos los pobres. Me respondió que veía con mucho agrado este propósito mío. Tanto más cuanto que conocía por experiencia cuán descuidada estaba la instrucción familiar de los pobres y que me haría asignar –si yo lo aceptaba– una canonjía que dependía de ella. Se lo agradecí pronto y humildemente, alegando que no quería cambiar jamás a la divina Providencia por una canonjía o una prebenda.

Ante esta negativa, me aconsejó que fuera, al menos, a hablar con el señor Obispo de Poitiers para hacerle conocer mis intenciones.

Aunque experimentaba cierta repugnancia a satisfacer este deseo de la señora de Montespán, ya a causa de las 28 leguas que tenía que recorrer todavía, ya por muchas otras razones..., la obedecí, sin embargo, ciegamente para cumplir

la santa voluntad de Dios, que era lo único que me preocupaba.

Llegué a Poitiers la víspera de los Santos Felipe y Santiago. Pero me vi obligado a esperar cuatro días el regreso del señor Obispo, que se hallaba en Niort.

Durante ellos hice un corto retiro en una modesta habitación, donde me sentía encerrado en medio de una gran ciudad, en la cual no conocía a nadie según la carne. Se me ocurrió, no obstante, ir al Hospital² a servir a los pobres en lo material, ya que no podía en lo espiritual. Entré a orar en su iglesita. Pasé casi cuatro horas allí esperando la cena para servirles. Y me parecieron demasiado cortas. A algunos pobres, en cambio, les parecieron demasiado largas. Al verme arrodillado y con vestidos semejantes a los suyos, fueron a decirlo a los demás, y se animaron unos a otros para hacer una colecta a fin de darme limosna. Unos daban más, otros menos; los más pobres, un ochavo; los más ricos, un cuarto. Todo esto ocurrió sin que yo lo supiera.

Salí, finalmente, de la iglesia para preguntar a qué hora comían y pedir el permiso necesario para servir a los pobres a la mesa. Quedé desilusionado, por una parte, al enterarme de que no comían en comunidad, y sorprendido, por otra, al saber que querían darme limosna y que habían dado orden al portero de no dejarme salir.

Bendije mil veces a Dios por haber pasado por pobre y llevar las gloriosas libreas de tal. Y agradecí a mis hermanos y hermanas su buen corazón.

Después de esto se han encariñado tanto conmigo, que todos andan diciendo públicamente que tengo que ser su sacerdote, es decir, su director. Pues no hay uno fijo en el Hospital hace ya tiempo; ¡tan pobre y abandonado está!

² Era un hospital fundado en 1657, presidido por el obispo y constituido como albergue para los mendigos de la ciudad.

Cuando regresó el señor Obispo, fui a visitarlo. Le comuniqué en pocas palabras cuanto la señora de Montespán me había ordenado. Me escuchó y dio las gracias bastante secamente. ¡Era lo que yo quería!

Mas, por su parte, el superior y superiora de los pobres presentaron, en nombre de todos, una solicitud al señor De la Bournat, hermano del señor Obispo, la cual les causó tal impresión, que el señor Obispo, en una segunda audiencia que me concedió, me habló más serenamente, y me pidió escribir a Ud. todo esto antes de mi partida para Nantes, a fin de que Ud. pueda juzgar acerca de lo que debo hacer. Padre carísimo, le confieso en verdad que me siento muy atraído a trabajar por la salvación de los pobres en general. Pero no tanto a instalarme ni encerrarme en un hospital. Me coloco, sin embargo, en absoluta indiferencia. No deseo otra cosa que hacer la voluntad de Dios. Si Ud. lo juzga oportuno, sacrificaré gustoso mi tiempo, mi salud y hasta mi vida en provecho de los pobres de este abandonado Hospital.

Salgo mañana, día de la Ascensión, para Nantes. Pero no me apartaré nunca –así lo espero– de su dirección y amistad en Jesucristo y su santísima Madre, en quienes le quedo totalmente sumiso.

Grignion, sacerdote y esclavo indigno
de Jesús en María.

Permítame saludar a los PP. Brenier, Lefèvre, Repars, y a todo el seminario.

Muchas veces me han rogado con bastante insistencia le pida permiso a fin de hacerme aprobar para oír confesiones; pero hasta ahora no he querido hacerlo, porque para tarea tan difícil y peligrosa se necesita una misión especial.

7

A SU HERMANA GUYONNE-JEANNE (=LUIZA)
Nantes (¿?), 1701.

En los corazones de Jesús y de María no hay distancias. Cruz, alegría, confianza en el Señor forman una trilogía de realidades que nos hacen “profesos” de la divina Providencia. Esta no falla nunca.

Querida hermana en Jesucristo: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

Aunque estoy corporalmente lejos de ti, no lo estoy de corazón. Porque el tuyo no está lejos de Jesucristo y de su santísima Madre y eres hija de la divina Providencia, cuyo hijo –aunque indigno– soy también yo. Debieran llamarte, más bien, novicia de la divina Providencia, porque apenas ahora comienzas a practicar la confianza y el abandono que ella pide de ti. Y no serás recibida como profesora e hija de la Providencia sino cuando tu abandono sea general y perfecto, y tu inmolación, total.

Dios te quiere, hermana mía, Dios te quiere apartada de cuanto no es El y, quizás, abandonada efectivamente de toda creatura. Pero ¡consuélate, alégrate, sierva y esposa de Jesucristo, si te asemejas a tu Maestro y Esposo! ¡Jesús es pobre! ¡Jesús está abandonado! ¡Jesús es despreciado y rechazado como la basura del mundo! ¡Feliz! Sí: ¡mil veces feliz Luisa Grignon si tiene espíritu de pobre, si es abandonada, despreciada, rechazada como la basura de la casa de San José! Entonces sí que será verdaderamente la servidora y esposa de Jesucristo y será profesora de la divina Providencia, aunque no lo sea de la Congregación.

Hermana querida, Dios quiere que vivas al día... Como el pájaro en la rama, sin preocuparte por el mañana. Duerme en paz en el seno de la divina Providencia y de la Santísima Virgen, buscando solamente amar y agradar a Dios. Porque es una verdad infalible y un axioma eterno, tan cierto como

la existencia de un solo Dios –¡plegue a Dios que yo pueda escribirlo en tu espíritu y en tu corazón con caracteres indelebles!–: *Busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y todo eso se les dará por añadidura* (Mt 6,33). Si pones en práctica la primera parte de esta sentencia, Dios, que es infinitamente fiel, realizará la segunda. Es decir, que, si tú sirves a Dios y a su santísima Madre con fidelidad, no te faltará nada en este mundo ni en el otro. Ni siquiera un hermano sacerdote, que ha sido, es y será todo tuyo en sus sacrificios a fin de que seas toda de Jesús en los tuyos. Saludo a tu buen ángel custodio. 1701.

8

AL P. FRANCISCO LESCHASSIER,
SUPERIOR DEL SEMINARIO DE SAN SULPICIO DE PARÍS
Nantes, 5 de julio de 1701.

Luis María aporta otros elementos que ayuden al director a formular un juicio definitivo como respuesta a las consultas de cartas anteriores. Los pasos precedentes fueron éstos:

1. *En carta del 6 de mayo de 1701 el obispo de Poitiers preguntaba al Señor Leschassier si el Señor Grignon es “idóneo para dirigir e instruir un hospital general o para alguna otra función de nuestro sagrado ministerio”*
2. *El Señor Leschassier responde el 13 de mayo: “Me limito a exponerle lo que conozco acerca de sus disposiciones, dejando a su juicio la decisión del asunto”.*
3. *Una nota a la carta del 4 de mayo del Señor Grignon: C 6, “No tengo la claridad suficiente para guiar personas cuyo comportamiento no es ordinario. Con todo, le diré simplemente mi opinión”.*
4. *Una carta del Señor Grignon al Señor Leschassier, del 11 de junio: perdida.*

5. *La respuesta del Señor Leschassier a la última: “No sé, Señor, qué responder a su carta del 11 del mes en curso. Como Ud., espero la voz del verdadero Pastor, para manifestársela cuando se me conceda la gracia de saber lo que él pide de Ud.”*

Con el propósito de iluminar el juicio del director Luis María le presenta los resultados de su apostolado.

Señor: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones! La fidelidad con que debo manifestarle todo lo mío a fin de que pueda formarse un juicio decisivo sobre mí, me obliga a decirle que los PP. René Lévêque y des Jonchères me enviaron a una parroquia del campo bastante abandonada. Durante los diez días que pasé en ella, hice dos veces diarias el catecismo a los niños y di tres pláticas. Las bendiciones divinas y de la Santísima Virgen se hicieron sentir.

Por ello, los PP. des Jonchères y René Lévêque -que están al tanto del asunto de Poitiers- me han pedido que le escriba. Llegan incluso a ofrecerme la ayuda de su dinero y autoridad para enviarme a las parroquias más abandonadas de la diócesis a continuar lo felizmente iniciado en Grandchamps -así se llama la parroquia-, o más bien lo que la divina Providencia y la Santísima Virgen han realizado a pesar de mis limitaciones.

Padre mío, encuentro tantas riquezas en la divina Providencia y tanta fuerza en la Santísima Virgen, que bastan par enriquecer mi pobreza y sostener mi flaqueza. Sin estos dos apoyos, nada puedo.

Totalmente sometido a Ud. en Jesús y María.

Grignon, sacerdote y
esclavo indigno de Jesús en María.

9

AL P. FRANCISCO LESCHASSIER,
SUPERIOR DEL SEMINARIO DE SAN Sulpicio de París
Le Pellerin, 16 de septiembre de 1701.

Luis María lleva tres meses dando misiones a los pobres del campo y trabajando con los jóvenes de la ciudad. Es lo que le entusiasma. El obispo de Poitiers le pide por escrito encargarse del Hospital General de la ciudad. La perspectiva de encerrarse allí no lo atrae, y por eso somete al director su incertidumbre.

Señor y muy amado Padre en Jesucristo: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

Las insistentes y reiteradas súplicas de los pobres del Hospital de Poitiers, unidas a los deseos del señor Obispo de esa ciudad y de la señora de Montespán de quien mis hermanas dependen en mucho—, me obligan a importunarle una vez más y manifestarle, con sencillez y deshilvanadamente, mis sentimientos, quedando en absoluta indiferencia a todo, dentro de la obediencia.

Hace tres meses que trabajo sin descanso en diferentes parroquias, a las cuales me han enviado los PP. René Lévêque y Desjonchères. Ahora le estoy escribiendo precisamente desde Le Pellerin. Dios y la Santísima Virgen se han dignado servirse de mi ministerio para hacer en ellas algún bien. Aquí, como en todas partes, hay mucho bien que hacer. Pero hay también muchos obreros: dos casas de ejercicios para hombres, una para mujeres y tres -por no decir cuatro- equipos de misioneros.

Como Ud. ya sabe, no siento ninguna inclinación hacia la comunidad de San Clemente. Sólo la obediencia me retiene en ella. El señor Lévêque lo sabe muy bien, porque me guió en todo por sus consejos después de los de Ud. El me ha dado a entender, que ya que el Señor no me llama a permanecer de continuo en la comunidad para trabajar en ella por el bien los eclesiásticos, que debo buscar otro lugar

adonde retirarme de tiempo en tiempo después de las cortas misiones que me prescriba la obediencia. Me ha dicho, sin embargo, que me reservará gustoso una pequeña habitación, aunque dudo que lo diga de corazón.

Entre tanto, después de los pobres de Poitiers, me ha escrito el señor Obispo para que vaya a encerrarme en ese Hospital. Pero no me siento inclinado a una vida de encierro.

La diócesis de Poitiers tiene mayor necesidad de obreros que ésta. De ello soy testigo yo mismo, y ello me ha sorprendido. Pero no me llama para el bien en general, sino para un sitio restringido. La esperanza de poder, con el tiempo, extender mi acción a la ciudad y al campo a fin de prestar servicio a muchos más, es lo único que me impulsa un tanto a ir al hospital. En el catecismo a los pobres de la ciudad y del campo me encuentro en mi elemento. Estando aquí, la divina Providencia se ha servido de mí para conseguir colocación a una más de mis pobres hermanas y me ha permitido contraer vínculos de gracia con muchos pecadores como yo y con algunas personas espirituales.

Este es el estado de las cosas y tales mis sentimientos. Pero la obediencia ciega a su querer es mi obra más importante y mi mayor deseo.

Carísimo Padre en Jesucristo, me atrevo a declararme sumiso a sus órdenes y soy todo suyo.

Grignon, sacerdote y
esclavo indigno de Jesús en María.

10

AL P. LESCHASSIER

Poitiers, el 3 de noviembre de 1701.

El 23 de septiembre de 1701 el Señor Leschassier envió el “juicio decisivo” solicitado por Luis María en su C 6: “Puesto que el Señor Lévêque le exonera, Señor, de las obligaciones de conciencia y reconocimiento que podían retenerle en su comunidad, y que por otra parte el señor obispo de Poitiers lo solicita para el hospital, sin que Ud. tampoco pueda rehusar la petición de la Señora de Montespan, no veo inconveniente alguno de que atienda el deseo de los pobres”.

La noticia fue un golpe para el Señor Lévêque quien se quejó al Señor Leschassier del cual recibió esta respuesta el 15 de octubre: “En cuanto al Señor Grignon no pretendo ser responsable de su comportamiento. Siempre le he dicho que no necesita abandonarse a su propio juicio y si él le muestra mis cartas, verá que he dejado de oponerme a su salida de la comunidad que Ud. dirige sólo después que él me ha hecho saber que Ud. le ha dicho que si él no quería permanecer siempre en su comunidad, mejor haría en retirarse. Es lo que le puedo decir a su propósito”.

Desde Poitiers Luis María continúa informando y pidiendo consejo a su director: Mientras toma posesión oficial en el Hospital General, cuya situación es desesperante, reside en el seminario menor. Desde allí programa su vida espiritual y apostólica. Por otra parte estudia el ambiente y observa las personas. En el hospital no hay paz ni pan. Afuera los pobres son más numerosos y quizá más necesitados. Por eso Luis María hace un programa interno y externo y le pregunta a su director: “¿Estoy haciendo bien?”.

Señor y Padre carísimo en Jesucristo: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

Me encuentro en el seminario menor de Poitiers, donde me ha albergado el señor Obispo en espera de que la asamblea de los administradores del Hospital decida mi admisión. Hace cerca de quince días que vengo haciendo

el catecismo a los mendigos de la ciudad, con la aprobación y ayuda del señor Obispo. Visito y exhorto a los presos en las cárceles y a los enfermos en los hospitales, repartiendo entre ellos las limosnas que me dan.

El Hospital al que me destinan es casa de desorden, donde no hay paz. Es casa de pobres, donde faltan tanto el bien espiritual como el material. Mas espero que Nuestro Señor, por intercesión de la Santísima Virgen, mi Madre bondadosa, la transforme en casa santa, rica y apacible. Para lo cual necesito mucho de la gracia de Dios y de la ayuda de Ud.

Las señoras que dirigen la casa quieren que tome las comidas con ellas, en comunidad, como han hecho algunos de mis predecesores. Pero de eso, ni hablar. ¿Estoy obrando bien?

He manifestado al señor Obispo que ni en el Hospital quiero apartarme de mi Madre, la divina Providencia; que me contentaré, por tanto, con la comida de los pobres y no recibiré salario fijo. Esto agrada mucho al señor Obispo, que se ha ofrecido a servirme de padre. ¿Estoy obrando bien?

Sigo haciendo aquí muchas cosas que hacía ya en Nantes: duermo sobre pajas, no desayuno, ceno poco. Y gozo de perfecta salud. ¿Estoy obrando bien? ¿Puedo disciplinarme una vez más por semana fuera de las tres acostumbradas, o usar una o dos veces el cinto de crin?

Me tomo la libertad de saludar y agradecer humildemente al señor Brenier. Sólo Dios sabe cuántos beneficios he recibido de él, y de modo especial de Ud., a quien quedo y quedaré por toda la vida sumiso en Jesús y María.

Grignon, sacerdote e indigno esclavo
de Jesús en María.

Saludo a su ángel custodio.

11

AL P. FRANCISCO LESCHASSIER
 Desde el Hospital General de Poitiers.
 El 4 de julio de 1702.

En respuesta a la carta anterior, el Señor Leschassier le escribió el 12 de noviembre: “Ud. me señala en su carta varios artículos a los cuales tengo dificultad para responder: en primer lugar, porque no estando conformes al acompañamiento ordinario, no podría ser yo garante de todo lo que Ud. hace, sin querer por otra parte, ni pretender poner límites a la gracia que quizá le impele a tales prácticas; en segundo lugar, porque estando lejos de Ud., le es imposible consultarme cantidad de cosas que creería útiles a los cargos que tendrá, como sucedió en sus misiones, de las cuales cosas yo sería de cierto modo responsable ante el público, ya que Ud. dice siempre que no hace nada sin mi consejo, y que vive enteramente bajo mi dependencia.

Le aconsejo, pues, y le ruego, Señor, escoger un buen director en el lugar donde está Ud., del cual reciba luz y consejo en todas sus dificultades. Ud. sabe cuáles deben ser las cualidades de un director. Está en una gran ciudad en la cual podrá escoger bien. Seré enteramente suyo con la misma estima e igual afecto”.
Leschassier.

Los meses siguientes Luis María interrumpió la correspondencia con su director de seminario. Al escribir de nuevo no es para pedir consejos ni directivas, sino para dar noticias al maestro que estima y al que ama, al que llama “Padre”. A pesar de la oposición creciente en el hospital, aumenta la confianza en Dios y se multiplican los consuelos divinos.

Señor y Padre carísimo en Jesucristo: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

Si he demorado tanto en escribirle no es porque haya olvidado sus beneficios, ni por desobediencia a sus amables consejos, recibidos a través de la persona que me dirige aquí en lugar suyo, sino para no importunarle y poder

manifestarle, en una sola carta, los mil incidentes y contradicciones que me han ocurrido y ocurren cada día. Padre querido, ésta es mi conducta y éstas mis acciones en resumen y con toda verdad.

El señor Lévêque, mi segundo Padre después de Ud., me dio, en un exceso de benevolencia, algún dinero para mi viaje a Poitiers. Lo repartí a los pobres antes de salir de Saumur –donde hice una novena– y entré a Poitiers sin un centavo. El señor Obispo, de feliz memoria, me recibió con los brazos abiertos y me albergó y alimentó en el seminario menor, en espera de mi entrada al Hospital. Durante este período –que fue de cerca de dos meses– enseñé, a expensas de Monseñor, el catecismo a todos los mendigos de la ciudad, a quienes iba a buscar por las calles. Al principio lo hice en una capilla dedicada a San Nicolás. Luego –a causa de la multitud–, bajo los pórticos. Y escuché a muchos en confesión en la iglesia de San Porchaire.

El señor Obispo, importunado por los gritos y súplicas insistentes de los pobres del Hospital, me entregó a ellos poco después de la fiesta de Todos los Santos. Entré en este pobre Hospital –mejor dicho, en esta pobre Babilonia– con la firme resolución de llevar en seguimiento de Jesucristo, mi Maestro, las cruces que preveía habían de sobrevenirme, si la obra era de Dios. Cuanto me dijeron algunas personas eclesiásticas y experimentadas de la ciudad a fin de apartarme del propósito de meterme en esta casa de desorden –incorregible, según ellos–, no hizo sino aumentar mi valor para emprender este trabajo, a pesar de mi personal inclinación, que ha sido siempre, y sigue siendo todavía, hacia las misiones.

Los superiores, los subalternos del Hospital y aun toda la ciudad se alegraron de mi entrada. Pues me consideran como la persona enviada por Dios para reformar esta casa. Al principio, los superiores del Hospital, con quienes obraba siempre de acuerdo y más obedeciendo que mandando, me ayudaron a implantar y hacer guardar el

reglamento que deseaba introducir. El señor Obispo en persona y la administración entera fueron los primeros en autorizarme y permitirme hacer comer a los pobres en el refectorio y salir por la ciudad mendigando para ellos algo con que acompañar el pan seco. Hice esto durante tres meses, sin que faltaran abundantes repulsas y contradicciones. Las que aumentaron de día en día a causa de cierto llamado señor... y de la señorita superiora del Hospital, de suerte que -por obediencia al sustituto de Ud.- fui obligado a abandonar el cuidado de aquellas mesas que contribuían eficazmente al buen orden de la casa. Irritado contra mí, dicho señor, sin motivo legítimo que yo sepa, me despreciaba, contrariaba y ultrajaba en casa continuamente y denigraba mi conducta en la ciudad ante los administradores. Lo que, extrañamente, suscitó en contra suya a todos los pobres, los cuales me aman, a excepción de uno que otro libertino o libertina que se habían conjurado con él en contra mía. Durante esta borrasca me mantuve callado y apartado, colocando mi causa totalmente en manos de Dios y esperando sólo en su socorro, a pesar de los consejos que en contra se me daban. Con este fin hice un retiro de ocho días en casa de los Jesuitas. Allí me sentí lleno de gran confianza en el Señor y su santísima Madre, seguro de que ellos tomarían ciertamente mi causa en sus manos. Mi esperanza no fue defraudada. Al salir del retiro, encontré enfermo a dicho señor, que murió a los pocos días... La superiora, joven y llena de vigor, lo siguió seis días más tarde. Más de ochenta pobres enfermaron y varios de ellos murieron. Toda la ciudad pensaba que se había declarado la peste en el Hospital y se decía públicamente que la maldición había caído sobre esta casa. Y, no obstante haber tenido que asistir a todos estos enfermos y muertos, fui el único que no se enfermó.

Después de la muerte de aquellos superiores, he tenido que padecer persecuciones aún mayores. Cierta pobre instruido y orgulloso encabezó en el Hospital a un grupo de libertinos para hacerme la guerra, defendiendo su causa ante los administradores y condenando mi conducta. Sólo porque,

con firmeza y dulzura al mismo tiempo, les canto la verdad, es decir, sus embriagueces, riñas, escándalos, etc. Casi ninguno de los administradores -a pesar de que en casa no tomo ni un pedazo de pan, pues los de afuera me alimentan por caridad- se preocupa por castigar estos vicios y corregir tales desórdenes internos, porque casi todos piensan sólo en el bienestar temporal y externo de la casa.

Padre mío, es cierto -sin embargo- que, en medio de tantas turbaciones y contratiempos -que sólo en grandes líneas le comunico-, Dios ha querido servirse de mí para hacer grandes conversiones dentro y fuera de casa. La hora de levantarse, la del descanso, de la oración vocal, del rosario y las comidas en común, de los cánticos y hasta de la meditación para quienes desean hacerla, siguen en pie todavía a pesar de las contradicciones.

Desde mi llegada estoy en una misión continua: confieso habitualmente desde la mañana hasta la tarde y aconsejo a infinidad de personas. Y mi Padre, el Dios todopoderoso -a quien sirvo, aunque infielmente-, me ha concedido luces espirituales que antes no tenía, como son gran facilidad para expresarme e improvisar sin preparación, perfecta salud y gran amplitud de corazón para todos. Esto me granjea el aplauso de toda la ciudad (¡lo que debe hacerme temer mucho por mi salvación!). No permito entrar en mi habitación a ninguna mujer, ni siquiera a la superiora de la casa.

Olvidaba decirle que cada semana doy una conferencia a los trece o catorce mejores alumnos del colegio. Esto con aprobación del difunto señor Obispo.

Hay en el Hospital una muchacha que tiene el espíritu a la vez más astuto, sagaz y orgulloso que jamás he visto. Es la provocadora de todo este barullo. Mucho me temo que el señor De la Poype sea engañado por ella, como su predecesor, por exceso de credulidad. Si le parece bien, puede Ud. ponerlo en guardia al respecto.

Señor y amado Padre, hónreme con una de sus cartas. Hoy más que nunca le estoy sumiso. Sólo la necesidad me obliga a verme privado de sus consejos. Me atrevo a declararme totalmente sumiso a Ud. en Jesús y María.

Luis Grignon, sacerdote y esclavo indigno de Jesús en María.

Saludo y agradezco al P. Brenier. Saludo a los PP. Repars y Lefèvre y a todo el seminario; pero de manera muy especial al P. Lévêque, a quien escribo lo mismo que a usted.

12

A SU HERMANA LUISA Poitiers, octubre de 1702.

En el verano de 1702 Guyonne-Jeanne es retirada de las Hermanas de San José. Ante la dolorosa situación su hermano viaja a París. Luego de varias vueltas humillantes e inútiles se dispone a regresar, cuando al despedirse de las Benedictinas del Santísimo Sacramento, encontró la solución buscada para “Luisa” que fue recibida en la congregación porque “una persona generosa se sintió inspirada a pagar la dote necesaria”.

Guyonne-Jeanne es enviada al noviciado de Rambervilliers, Lorena, de donde escribe a Luis María a Poitiers para agradecerle y expresarle su alegría. El responde así:

Querida hermana en Jesucristo: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

Deja que mi corazón se anegue con el tuyo en la alegría, que mis ojos derramen lágrimas de consuelo y que mi mano estampe en esta carta la dicha que me embarga.

No fue inútil, ciertamente, mi viaje a París. Ni tampoco tu abandono y cruces del pasado; ¡el Señor tuvo piedad de ti! Esta pobre hija gritó, y el Señor la escuchó (ver Sal 34[33],7) inmolándola verdadera, interior y eternamente.

Que no se te pase un solo día sin holocausto ni víctima. Que el altar te vea con más frecuencia que el lecho y la mesa. ¡Animo! ¡Mi querido suplemento! Pide con insistencia perdón a Dios y a Jesús –el Sumo Sacerdote– por los pecados que he cometido contra la divina Majestad al profanar el Santísimo Sacramento.

Saludo a tu ángel de la guarda, compañero único de tu viaje. Soy tuyo tantas veces como letras contiene esta carta, con tal que tú seas otras tantas sacrificada y crucificada con Jesucristo, tu único amor, y con María, nuestra Madre bondadosa.

De Montfort³, sacerdote y esclavo
de Jesús en María.

13

A UNA RELIGIOSA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

La visita referida en la carta anterior dejó en la comunidad una buena imagen de Luis María. Probablemente algunas religiosas le escribieron. Esta carta es respuesta a una de ellas. Le sigue un fragmento de otra similar. La cruz es signo claro del amor de Dios, por eso produce alegría.

¡Ah! ¡Qué divina es su carta! ¡Está toda llena de noticias de la cruz, fuera de la cual -digan lo que digan la naturaleza y la razón- jamás habrá en este mundo, hasta el día del juicio, ningún placer verdadero ni bien sólido alguno!

Su alma lleva una cruz ancha, larga y pesada. ¡Oh! ¡Qué felicidad la suya! Tenga confianza; si Dios, que es tan bueno, sigue haciéndola sufrir, no la probará por encima de sus fuerzas. Es señal segura de que la ama. Digo segura porque la mejor señal de que Dios nos ama es el vernos odiados

³ Si nos atenemos a Grandet (p. 45), es la primera vez que el señor Grignon firma así.

por el mundo y asaltados por cruces, tales como la privación de las cosas más legítimas, la oposición a nuestras más santas iniciativas, las injurias más atroces y punzantes, las persecuciones y malas interpretaciones por parte de las personas mejor intencionadas y de nuestros mejores amigos, las enfermedades más desagradables, etc.

Pero ¿por qué le digo lo que Ud. sabe mejor que yo, gracias al gusto y experiencia que tiene de ello?

¡Ah! ¡Si los cristianos conocieran el valor de las cruces, caminarían cien leguas para encontrar una sola! Porque en la amable cruz se halla encerrada la verdadera Sabiduría, que noche y día busco con más ardor que nunca.

¡Oh amada cruz! ¡Ven a nosotros para gloria del Altísimo! Este es el grito frecuente de mi corazón a pesar de mis flaquezas e infidelidades. Después de Jesús, nuestro único amor, la cruz es mi mayor fuerza.

Le ruego diga a N... que adoro a Jesucristo crucificado en ella y que suplico al Señor le conceda no pensar en sí misma sino para ofrecerse a sacrificios aún más sangrientos.

14

A UNA RELIGIOSA

Lugar y fecha desconocidos

Luis María responde a una consulta sobre el valor de las cruces ordinarias. Deja traslucir su difícil situación personal.

Querida Madre: ¿Cómo podría yo, en respuesta a la suya, decirle algo distinto de lo que el Espíritu Santo le dice todos los días? Amor a la pequeñez y a las humillaciones. Amor a la vida escondida y al silencio –el mudo inmolarse de Jesucristo en el Santísimo Sacramento–. Amor a la divina Sabiduría y a la cruz.

En cuanto a mí, me contradicen en todo y me encuentro prisionero. Déle gracias a Dios, a nombre mío, por las pequeñas cruces que me ha dado, proporcionadas a mi flaqueza, etcétera.

15

A MARÍA LUISA TRICHET⁴
París, abril - mayo de 1703.

Agobiado por tanta oposición Luis María se traslada inesperadamente a París en busca de apoyo para fundar un instituto misionero. De allí escribe dos cartas a María Luisa que seguramente estaba en Poitiers. Por el contexto, la primera fue escrita entre Pascua y Pentecostés día en que Luis María participó en la inauguración del seminario fundado por su amigo Claudio Poullart des Places, con miras a obtener colaboradores para sus misiones a favor de los pobres. Fecha de la segunda carta: el 24 de octubre de 1703.

El objetivo más urgente de Luis María es alcanzar la Sabiduría. Por ello pone en marcha una cruzada de oración guiada por María Luisa.

Querida hija en nuestro Señor Jesucristo: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones junto con la divina Sabiduría!

La experiencia personal –más que tu propia carta– me hace saber que oras con insistencia a tu Esposo por este miserable pecador. Sólo puedo pagarte este favor con un intercambio de oraciones cuando en el sagrado altar tengo entre mis manos criminales al Santo de los santos. Lo que hago todos los días.

⁴ Luisa Trichet había nacido en Poitiers (1684) de una familia de magistrados. Montfort pasó a ser su director espiritual desde el día en que él declaró que la Santísima Virgen le había encaminado a su confesonario (1701). La hizo entrar en el Hospital y –como presagio de los designios divinos– ponerse al servicio de los pobres. Ella vino a ser, en efecto, la primera religiosa y superiora de Congregación de las Hijas de la Sabiduría.

Sigue, más aún, redobla las súplicas en mi favor. Que se trate de extrema pobreza, de una cruz muy pesada, de abyecciones y humillaciones; todo lo acepto con tal que –al mismo tiempo– pidas a Dios que esté a mi lado y no me abandone un solo instante a causa de mi infinita flaqueza. ¡Oh! ¡Qué riqueza! ¡Qué gloria! ¡Qué placer! ¡Si con todo esto alcanzo la divina Sabiduría por la cual suspiro día y noche!

No. No cesaré nunca de pedir este infinito tesoro. Y creo firmemente que lo alcanzaré. Aunque todos los ángeles, los hombres y los demonios me digan lo contrario. Pienso que tus plegarias son demasiado eficaces; que la bondad de Dios es demasiado tierna; que la protección de la Santísima Virgen, nuestra bondadosa Madre, es demasiado grande; las necesidades de los pobres, demasiado apremiantes; la palabra y promesa de Dios, demasiado explícitas. En efecto, aunque la posesión de la divina Sabiduría fuera imposible de lograr con los medios ordinarios de la gracia –lo que no es cierto–, resultaría posible gracias a la fuerza con que la imploramos, porque todo es posible a quien cree. Esto es una verdad inmutable.

Además, las persecuciones de que he sido objeto y de las que lo soy ahora noche y día, me confirman en que la obtendré.

Hija mía, te pido, por tanto, que incluyas en esta cruzada de oraciones a algunas almas amigas tuyas, orando con ellas –sobre todo, hasta Pentecostés– todos los lunes de una a dos de la tarde. Yo haré otro tanto a la misma hora. Envíame sus nombres por escrito.

Me encuentro ahora en el Hospital General con cinco mil pobres, tratando de hacerlos vivir para Dios y de morir a mí mismo. No me acuses de inconstancia o frialdad respecto a los habitantes de Poitiers. Porque mi Maestro me ha traído acá como a pesar mío. Tiene en todo ello sus planes, que adoro sin conocerlos. Por lo demás, no pienses que fines temporales o alguna creatura me retengan aquí.

Ciertamente, no. Pues no tengo más amigos que a Dios sólo. Todos los que tuve en otro tiempo en París me abandonaron. No me he apoyado, ni me apoyo ahora, en los bienes que pueden llegarme de la señora de Saint-André. No sé si se halla en París, y menos aún dónde reside. Si me encuentro feliz de morir a mí mismo aquí, lo estaré igualmente de desaparecer de la memoria de muchos de Poitiers a fin de que allí reine Dios sólo. ¡Dios sólo!

Serás religiosa. Lo creo firmemente. Cree y ora.

16

A MARÍA LUISA TRICHET
París, 24 de octubre de 1703.

Luego de cuatro o cinco meses de abnegado servicio en el hospital general de La Salpêtrière, Luis María es retirado sin previo aviso. Se refugia bajo una escalera en la calle Pot-de-Fer desde donde escribe a María Luisa para pedirle plegarias por su pesada cruz y su apremiante anhelo de la Sabiduría. Piensa en la comunidad de las Hijas de la Sabiduría, por la que su discípula espiritual ora y se sacrifica, aguardando el momento señalado por Dios. “Ten por seguro que obtendrás más de lo que piensas”.

Hija carísima: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

No pienses que la distancia física o el silencio externo me hayan hecho olvidar tu caridad para conmigo ni la que debo profesarte. Me dices en tu carta que tus deseos de hacerte religiosa permanecen tan fuertes, tan ardientes y constantes como siempre. Es una señal infalible de que provienen de Dios. Tienes entonces que poner en El toda tu confianza; ten por seguro que obtendrás más de lo que piensas. El cielo y la tierra pasarán antes que Dios falte a su palabra permitiendo que una persona que espera en El perseverantemente vea frustrada su esperanza.

Experimento que sigues pidiendo la divina Sabiduría para este miserable pecador a través de cruces, humillaciones y pobreza. ¡Animo, querida hija! ¡Animo! Te quedo infinitamente agradecido. Experimento los efectos de tus plegarias, porque me encuentro empobrecido, crucificado y humillado como nunca. Hombres y demonios, en esta gran ciudad de París, me arman una guerra muy amable y dulce. ¡Que me calumnien, que me ridiculicen, que hagan jirones mi reputación, que me encierren en la cárcel! ¡Qué regalos tan preciosos! ¡Qué manjares tan exquisitos! ¡Qué grandezas tan seductoras! Son el equipaje y cortejo de la divina Sabiduría, que Ella introduce consigo en casa de aquellos con quienes quiere morar. ¡Oh! ¿Cuándo lograré poseer esta amable y desconocida Sabiduría? ¿Cuándo vendrá a morar en mí? ¿Cuándo estaré tan engalanado que pueda servirle de refugio en un lugar donde se halla sin techo y despreciada?

¡Oh! ¿Quién me dará a comer ese pan del entendimiento con el que Ella alimenta a sus mejores amigos? ¿Quién me dará a beber ese cáliz con el que calma la sed de sus servidores? ¡Ah! ¿Cuándo me hallaré crucificado y perdido para el mundo?

No dejes, querida hija en Jesucristo, de compartir mis súplicas encaminadas a satisfacer estos anhelos míos. Puedes hacerlo ciertamente. Lo puedes, de acuerdo con algunas amigas. Nada puede resistir a tus plegarias. El mismo Dios –con ser tan grande– no las puede resistir. Se ha dejado, afortunadamente, vencer por una fe viva y una firme esperanza.

Ora, pues; suspira, implora para mí la divina Sabiduría; la obtendrás toda entera para mí. Así lo creo.

17

**A SOR CATALINA DE SAN BERNARDO = GUYONNE-JEANNE = SU
HERMANA LUISA⁵
París, 1703.**

Durante el noviciado su hermana se enferma y teme ser despedida. Luis María le escribe para suscitar en ella la confianza en Dios que por la enfermedad purifica a quienes ama. Cfr C 12.

Querida hermana: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

Me alegro de tener noticia de la enfermedad que el Señor te ha enviado para purificarte como oro en el crisol. Debes ser una víctima inmolada sobre el altar del Rey de los reyes para su eterna gloria.

¡Qué destino tan sublime! ¡Qué vocación tan excelsa! Casi siento envidia de tu felicidad.

Ahora bien: ¿cómo puede esta víctima serle totalmente agradable si no está interiormente purificada de toda mancha, por insignificante que sea? Este Santo de los santos encuentra manchas aun donde la creatura no ve sino belleza. Con frecuencia, su misericordia se anticipa en nosotros a su justicia, purificándonos con la enfermedad, que es el crisol ordinario para purificar a sus elegidos.

¡Qué felicidad la nuestra si Dios mismo se digna purificar y preparar la víctima a su gusto! En cambio, ¿a cuántas otras abandona para que se purifiquen a sí mismas o por medio de otros? Y ¡cuántas más son recibidas como víctimas sin pasar por las pruebas ni por el tamiz de Dios!

⁵ Al entrar en el noviciado, Guyonne-Jeanne tomó el nombre de sor Catalina de San Bernardo.

¡Animo, pues, ánimo! No temas al espíritu maligno, que te dirá con frecuencia durante la enfermedad: «No llegarás a profesar a causa de tu poca salud. Sal del monasterio y vuélvete a tu casa. Vas a quedar en la calle. Serás una carga para todos.

Aunque el cuerpo te duela, ten firme el ánimo, pues nada te conviene tanto en el presente como la enfermedad. Pide y haz pedir la divina Sabiduría para mí, que en Jesús y María soy tu hermano...

18

A SOR CATALINA DE SAN BERNARDO

París, 27 de octubre de 1703.

Responde a su hermana Guyonne-Jeanne inquieta por su aceptación a la profesión religiosa, pues el noviciado está por terminar. Luis María la tranquiliza con el sentido de la vida consagrada en la comunidad de las Benedictinas.

Hermana carísima en Jesucristo: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

Todos los días doy gracias a nuestro Dios de bondad por las misericordias que realiza en favor tuyo. Trata de corresponder con fidelidad absoluta a cuanto te pide.

Si no es Dios el único que te abre la puerta del convento donde te encuentras, no entres en él. Aunque tengas una llave de oro hecha expreso para abrirte la puerta. Porque ésta se transformaría para ti en la puerta del infierno.

Se necesita una especial vocación para ingresar entre las Hijas del Santísimo Sacramento, pues su espíritu es elevadísimo. La verdadera religiosa del Santísimo Sacramento es una verdadera víctima en cuerpo y alma. Se alimenta con el sacrificio continuo y universal: el ayuno y la adoración sacrifican su cuerpo; la obediencia y la

renuncia sacrifican su alma. En una palabra: todos los días muere viviendo y vive muriendo.

Haz cuanto te manden en esa casa.
Todo tuyo.

De Montfort.

19

A SOR CATALINA DE SAN BERNARDO París, a mediados de marzo de 1704.

Guyonne-Jeanne y sus dos compañeras de noviciado fueron aceptadas a su profesión hecha el 2 de febrero de 1704. Luis María le habla del sentido de la vida consagrada que la hace reparadora de las faltas e imperfecciones de los ministros del altar y en primer lugar de quien es su hermano, por derecho de sangre y caridad.

Querida víctima en Jesucristo: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

No puedo agradecer lo suficiente al Dios de bondad el haberte convertido en víctima perfecta de Jesucristo, enamorada del Santísimo Sacramento y suplemento de tantos cristianos y sacerdotes infieles.

¡Qué honor para tu cuerpo el ser inmolado sobrenaturalmente durante una hora en adoración ante el Santísimo!
¡Qué honor para tu alma el hacer en esta tierra, sin gusto, sin conocimiento, sin la luz de la gloria, en la sola oscuridad de la fe, cuanto hacen en el cielo los ángeles y santos con tanta complacencia y claridad! ¡Cuánta gloria da al Señor en este mundo una fiel adoratriz! Pero ¡qué raro es hallarla! Porque todos, incluso los más espirituales, ansían gustar y ver. De lo contrario, se hastían y entibian. Y, sin embargo, *sola fides sufficit*: ¡basta la fe!

En fin, hija fiel del Santísimo Sacramento, ¡qué provecho, qué riqueza y qué placer los tuyos cuando te encuentras a

los pies de este rico y dignísimo Señor de los señores! ¡Animo! ¡Animo! Enriquécete, regocíjate al consumirte cada día como lámpara encendida. Cuanto más des de lo tuyo, tanto más recibirás de lo divino.

Y después de haberte felicitado, ¿no tengo, acaso, razón de felicitarme a mí mismo, si no como hermano tuyo, al menos como tu sacerdote? Porque ¡qué alegría, qué honor y qué ventaja para mí el contar con la mitad de mi sangre que repara con sus amorosos sacrificios los ultrajes que -¡ay de mí!- infiero tantas veces al amable Jesús en el Santísimo Sacramento, sea por mis comuniones hechas con tibieza, sea por mis olvidos y abandonos inconcebibles! ¡Oh! Yo triunfo en ti y en todas tus dignas Madres, porque me habéis alcanzado las gracias de las cuales yo y los demás infieles ministros de los altares nos hacemos indignos por nuestra poca fe.

Salgo en seguida para el Hospital de Poitiers. Te suplico, hermana mía, que ames sólo a Jesús en María, y por María, a Dios sólo y en El sólo.

Todo tuyo.

20

A SU MADRE, JEANNE ROBERT DE LA VISEULE⁶ Poitiers, 20 de agosto de 1704.

Luis María sigue el Evangelio siempre al pie de la letra. Esta carta hay que leerla a la luz de Mt. 12, 46-50: “Todavía estaba Jesús hablando a la gente, cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera, tratando de hablar con él. Uno se lo avisó: Oye, tu madre y tus hermanos están aquí fuera y quieren hablar contigo. Pero él contestó al que le avisaba: Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?”

⁶ Nacida en 1649, contrajo matrimonio en 1671 con el abogado Juan Bautista Grignon (1647-1716). Tuvo 18 hijos y una vida nada fácil.

Y señalando con la mano a sus discípulos, dijo: Aquí están mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que pone por obra el designio de mi Padre del cielo, ése es hermano mío y hermana y madre”.

Prepárate para la muerte que te acosa con tantas tribulaciones. Sopórtalas cristianamente, como lo haces. Hay que sufrir y cargar cada día tu propia cruz. Sí, es necesario. Es infinitamente provechoso para ti el verte empobrecida hasta tener que reducirte a un hospital, si tal es la voluntad de Dios, y el ser despreciada hasta el punto de encontrarte abandonada de todos y morir viviendo.

Aunque no te escriba, no te olvido en mis oraciones y sacrificios. Antes bien, te amo y venero tanto más perfectamente cuanto que en ello no intervienen ni la carne ni la sangre.

No me molestes con el cuidado de mis hermanos y hermanas. He hecho por ellos cuanto Dios me pedía por amor. De momento, no tengo ningún bien temporal que proporcionarles, porque soy más pobre que todos ellos. Los pongo con toda la familia, en manos de quien la ha creado. Que me consideren como muerto. Sí, lo repito para que no lo olviden: considérenme como muerto. No pretendo tener que ver o heredar nada de la familia en la que Cristo me ha hecho nacer. Renuncio a todo, a excepción de mi título, porque la Iglesia me lo prohíbe. Mis bienes, mi Padre y mi Madre están en lo alto; no reconozco a nadie según la carne. Es verdad que tengo para contigo y para con mi padre grandes obligaciones por haberme dado la vida, haberme criado y educado en el temor de Dios y haberme hecho infinidad de beneficios. Por ello, les doy miles y miles de gracias y ruego diariamente por su salvación. Cosa que continuaré haciendo durante toda su vida y después de su muerte⁷. En cuanto a hacer otra cosa por ustedes, yo y nada valemos lo mismo en mi antigua familia.

⁷ De hecho, Luis María murió en 1716, dos años antes que su madre (1718).

En la nueva familia a la que ahora pertenezco, estoy desposado con la Sabiduría y con la cruz. Ellas constituyen todos mis tesoros temporales y eternos, terrenos y celestes. Tesoros tan grandes que, si los conocieran, Montfort sería envidiado por los mayores ricos y poderosos de la tierra.

Nadie –o, a lo sumo, muy pocos– conoce los secretos de que hablo. Tú los conocerás en la eternidad, si logras la dicha de salvarte, pues es posible que así no sea; tiembla y ama más intensamente.

Conjuro a mi padre, de parte de mi Padre del cielo, a que no toque la pez, porque se manchará con ella (ver BenS 13,1); a que no se alimente de la tierra, porque se atragantará; a que no aspire humo, porque se asfixiará. Que ponga en práctica la huida y desprecio del mundo y la devoción a la santísima Virgen, en que me declaro todo suyo y de mi padre.

Saludo a tu ángel de la guarda y soy todo tuyo en Jesús y María.

Montfort, sacerdote y esclavo indigno de Jesús que vive en María.

21

AL PÁRROCO DE BRÉAL

De San Lázaro, 17 de febrero de 1708⁸.

Con ocasión de la fiesta de Todos los Santos en 1707, Luis María había predicado una misión en Bréal, diócesis de San Maló. El Párroco, gran amigo suyo, quedó muy satisfecho y le escribió pidiéndole volver los tres días antes de la Ceniza de 1708. Imposibilitado por muchas ocupaciones, el misionero responde, encomendándole a sus queridos soldados. Lo reemplazará el Hermano Maturín.

⁸ San Lázaro se halla en las cercanías de Montfort-sur-Meu. Allí se encuentra una ermita, a la que Montfort se había retirado en el intervalo de sus misiones.

Padre y querido amigo: ¡Cuánto siento no poder satisfacer sus deseos y los míos! Estoy comprometido esos tres días para tres localidades adonde no puedo faltar. Sin embargo, el martes le enviaré a Maturín para que recite públicamente el rosario, entone cánticos y lleve, de parte mía, sesenta crucecitas de San Miguel a nuestros soldados⁹. Ruego a Ud. tenga la bondad de distribuírselas, luego de avisarles el domingo para que se reúnan el martes. Esto contribuirá, no poco, a alejarlos de los excesos tan frecuentes en estos días. Salúdelos de parte mía desde el domingo y dígales que les ruego encarecidamente que observen con fidelidad sus obligaciones, sobre todo el lunes próximo, y que iré a visitarlos alguno de los domingos de cuaresma.

En Jesús y María, soy todo suyo.

L. María de Montfort, sacerdote.

22

**AL P. DE LA CARRIÈRE, DIGNÍSIMO SACERDOTE DE
PONTCHÂTEAU
Nantes, 29 de enero de 1711.**

En septiembre de 1710 Luis María había terminado el monumental Calvario de Pontchâteau y ya en el momento de la inauguración recibió orden de demolerlo. Varias estatuas que iban a ser ubicadas al pie de la cruz gigantesca fueron depositadas en una casa y confiadas al Señor de la Carrière, párroco de Pontchâteau. Es el objetivo de la carta.

Señor:

¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

Le ruego que entregue mis estatuas al portador de la presente y a Nicolás. El traslado de las mismas es necesario,

⁹ En la misión anterior, los soldados de la guardición de Bréal habían sido un ejemplo de asidua asistencia a los ejercicios religiosos. Algunos se había inscrito en la Cofradía de San Miguel

sea para tranquilidad de mi conciencia, sea por obediencia, sea –finalmente– por voluntad de Dios; si El no quiere su traslado, hará un milagro para impedirlo. Aunque las traigan acá, volverán con mayor gloria al calvario cuando se haya construido la capilla.

Se ha escrito a París en este sentido, y tengo más esperanzas que nunca. Pero serán necesarias fatigas, paciencia y cruces, tanto mayores cuanto más grandiosa ha de ser la obra.

Unido al corazón de Ud. y al de nuestra buena amiga, soy en Jesús y María todo suyo.

L. M. de Montfort, sacerdote.

23

**AL RMO. P. GENERAL DE LOS DOMINICOS,
EN LA MINERVA, ROMA
Sallertaine, mayo de 1712.**

El 10 de noviembre de 1710 Luis María había sido recibido como Hermano de la Tercera Orden de Santo Domingo, en el convento de los Predicadores de Nantes, en presencia del Prior José de Gault. La carta iba acompañada por esta recomendación que la explica: “Nos, fray Francisco Le Comte, doctor en teología de la facultad de París y Provincial de Francia de la orden de los Frailes Predicadores, certificamos y declaramos que el Señor Luis María Grignon de Montfort, hermano de nuestra Tercera Orden, predica por todas partes con mucho celo, edificación y fruto la Cofradía del Santo Rosario en todas las misiones que hace continuamente en las ciudades y en los campos, de lo cual hemos sido testigos en tres misiones que hemos hecho con él en nuestra iglesia de La Rochela en 1711 y por las cuales hizo entrar en la Cofradía a infinidad de personas, lo que también ha hecho en las parroquias vecinas de la ciudad de La Rochela. En fe de lo cual hemos firmado la presente y le hemos puesto nuestro sello. La Rochela, 12 de mayo de 1712. Fray Francisco Le Comte, Provincial”. Hay quien cree que el P. de Montfort inscribió en la

cofradía del Rosario a no menos de cien mil personas. El Rosario era su “oración preferida” (SAR 51).

Luis María pide al Superior General permiso para promover la Cofradía del Rosario, sin tener que recurrir a los Provinciales, como lo venía haciendo.

Rmo. Padre: ¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

Permítame que el último de sus hijos le pida que le conceda por escrito el permiso de predicar, dondequiera que le llamen, el Santísimo Rosario y admitir en esta Cofradía -con las indulgencias- a cuantos pueda, como lo ha hecho hasta ahora con el permiso de los priores y superiores de las Provincias, inscribiendo -como es lógico-, según los estatutos, a los cofrades en el registro de la Cofradía del lugar en que se dé la misión.

Esta es la súplica que hace a Su Reverencia, con muy profundo respeto, su humildísimo y muy obediente servidor.

Luis María de Montfort Grignon,
sacerdote, misionero apostólico¹⁰.

24

A SOR CATALINA DE SAN BERNARDO Ermita de San Eloy, La Rochelle, 1º de enero 1713.

Luis María invita a su hermana a la gratitud a Dios por el don de los sufrimientos que ambos han recibido, y a orar para proseguir la lucha con el aprecio de las cruces aún por venir.

¹⁰ En la audiencia del 6 de junio de 1706, el Papa Clemente XI le había otorgado a Luis María de Montfort el título de «misionero apostólico»

Hermana querida: Dios se complace en vernos combatir y sacarnos a ambos triunfadores; a ti, en lo escondido; a mí, ante la faz del mundo. En efecto, tus combates se realizan en ti misma y no se manifiestan fuera de tu comunidad. Los míos, en cambio, explotan por toda Francia, porque lucho contra los demonios del infierno y guerroo contra el mundo y los mundanos, enemigos de toda verdad. Te sorprenderías, ciertamente, si conocieras en detalle la amable cruz que el cielo, por intercesión de nuestra bondadosa Madre, me regala. Te ruego que des gracias por ello a mi amable Jesús y pidas a tu amable comunidad –a la que saludo– me obtenga de Jesús crucificado la fuerza de cargar las cruces más crueles y pesadas como si fueran pajas y saber resistir con rostro de acero a los poderes infernales.

25

A MARÍA LUISA TRICHET
París, julio-agosto 1713.

Al recibir el hábito, la Señorita Trichet había tomado el nombre de María Luisa de Jesús, sin ser aún religiosa. Varias veces quiso entrar a un instituto religioso, entre otros al de las “Hermanas Grises” o Hijas de la Caridad, de San Vicente de Paúl.

El obispo de Poitiers le dijo: “Qué oigo decir de ti, hija mía; me dicen que quieres ser Hermana gris. ¿Acaso no lo eres?”

“Cierto, Monseñor, pero sólo tengo el hábito”.

“Pues bien, te prohibo ir allá”.

A pesar de todo, su confesor, el P. Carcault, sj, le ofreció ayudarla a entrar donde las Hijas del Calvario, a condición de que ella escribiera al Señor de Montfort. Su respuesta fue contraria a la prisa de María Luisa. Hay que saber aguardar la hora de la divina Providencia, señalada para la primera Hija de la Sabiduría.

Hija mía: La Providencia acaba de colocar ahora mismo a una pobre joven proporcionándole la dote.

No ha llegado su hora para contigo. Pero espérala con paciencia y quédate en el Hospital.

26

A SOR CATALINA DE SAN BERNARDO

París, 15 de agosto 1713.

En 1703 Luis María había invitado a Claudio Poullart des Places, luego fundador de los Misioneros del Espíritu Santo, a unírsele para trabajar juntos por la salvación de las almas en las misiones. Su amigo le hizo esta promesa: “Si Dios me concede la gracia de tener éxito en la fundación de un seminario para estudiantes pobres, Ud. puede contar con misioneros. Yo se los prepararé y Ud. los ejercitará. Así quedará satisfecho Ud. y yo también”.

Poullart des Places murió en 1709 y en 1713 Luis María interrumpiendo su trabajo en La Rochela, volvió a París para concertar con el sucesor el cumplimiento de la promesa de prepararle misioneros. Durante este viaje le escribió a su hermana a Rambervilliers. El sufrimiento es causa de fecundidad apostólica. Llevar bien la cruz une a los dos hermanos en el corazón de Cristo.

¡Viva Jesús! ¡Viva su cruz!

Si conocieras en detalle mis cruces y humillaciones, dudo que tuvieras tantas ansias de verme. En efecto, no puedo llegar a ninguna parte sin hacer partícipes de mi cruz a mis mejores amigos, frecuentemente a pesar mío y a pesar suyo. Todo el que me defiende o se declara en mi favor, tiene que sufrir por ello y a veces caer bajo la furia del infierno, a quien combato; del mundo, a quien contradigo; de la carne, a la que persigo. Un enjambre de pecadores y pecadoras a quienes ataco no me da tregua ni a mí ni a los míos. Siempre alerta, siempre sobre espinas, siempre sobre guijarros afilados, me encuentro como una pelota en juego: tan pronto la arrojan de un lado, ya la rechazan del otro, golpeándola con violencia. Es el destino de este pobre pecador. Así estoy,

sin tregua ni descanso, desde hace trece años, cuando salí de San Sulpicio.

No obstante, querida hermana, bendice al Señor por mí. Pues me siento feliz en medio de mis sufrimientos, y no creo que haya nada en el mundo tan dulce para mí como la cruz más amarga, siempre que venga empapada en la sangre de Jesús crucificado y en la leche de su divina Madre. Pero además de este gozo interior hay gran provecho en llevar la cruz. ¡Cuánto quisiera que pudieras ver mis cruces! ¡Nunca he logrado mayor número de conversiones que después de los entredichos mas crueles e injustos!

¡Animo, pues, querida hermana! Carguemos los tres nuestras cruces en los confines del reino. Lleva bien tu cruz allí donde te encuentras. Yo trataré de llevar bien la mía con la ayuda de la gracia divina. Tú y yo, sin lamentarnos ni quejarnos, sin murmurar ni arrojar lejos la cruz, sin excusarnos ni llorar como niños, que rompen en llantos y se lamentan si les dan a llevar cien libras de oro, o como el labrador, que se desespera si cubren su campo de luises de oro para hacerle mas rico.

27

A MARÍA LUISA TRICHET Y CATALINA BRUNET La Rochelle, comienzos de 1715.

Según Monseñor de Champflour, obispo de La Rochela, Luis María había emprendido la fundación de una escuela gratuita para niñas, a cargo de las dos primeras Hijas de la Sabiduría, que seguían en el hospital de Poitiers. Luis María las invita a preparar el viaje. Llega el momento de poner en marcha los proyectos comunes: la Congregación de la Hijas de la Sabiduría. El bien que harán será mayor que el de Poitiers, a pesar de las dificultades.

Queridas hijas en Jesucristo María Trichet y Catalina Brunet.
¡Viva Jesús! ¡Viva su cruz!

No han contestado a mi última carta. Ignoro por qué.

El señor Obispo de La Rochelle –a quien muchas veces he hablado de ustedes y de sus proyectos– juzga oportuno que vengan acá para iniciar la obra tan anhelada. Para ello ha hecho alquilar una casa, en espera de comprar y dar organización perfecta a otra.

Es verdad que hacen mucho bien allá en Poitiers. Pero en este país extranjero lo harán mucho mayor. Recordemos que desde Abrahán hasta Jesucristo y desde El hasta nuestros días, Dios ha hecho salir de sus propios países a sus mayores servidores, porque -como dice Nuestro Señor mismo- nadie es profeta en su tierra.

Sé que tendrán dificultades que superar. Pero es preciso que una empresa tan gloriosa para Dios y tan provechosa para el prójimo se vea sembrada de espinas y cruces. Y, si no arriesgamos nada por Dios, no haremos nada importante por El.

Les estoy escribiendo de parte del señor Obispo. Guárdenme el secreto.

Les enviaré al hermano Juan con una cabalgadura y algo de dinero para que les acompañe. Procúrense alguna comodidad: una diligencia o un caballo alquilado. Si les falta dinero, alguien pagará por ustedes.

Contéstenme a vuelta de correo, pues salgo de La Rochelle para dar una misión.

Todo de ustedes en Dios solo.
¡Dios sólo!

28

**A MARÍA-LUISA TRICHET, EN POITIERS
La Rochelle, marzo de 1715.**

El 16 de marzo, Monseñor de Champflour escribe a María Luisa y Sor Concepción: “El Señor de Montfort me mostró, queridas Hermanas, la carta que le escribieron Uds. sobre el propósito de fundar en La Rochela un establecimiento para Maestras de Escuela, y las buenas disposiciones de Uds. para comenzarlo. Como le hacen notar que todo lo que las detenía era que su señor padre y su señora madre no les permitían dejar a Poitiers para venir aquí sin que yo les asegure lo necesario para su bienestar temporal, les puedo garantizar que nada les faltará de mi parte; y en el supuesto que el establecimiento no tenga éxito, las ubicaremos en otra comunidad de jóvenes, donde puedan trabajar igualmente por la gloria de Dios y el servicio de los pobres. Con mucho aprecio, queridas hermanas, soy enteramente suyo. Esteban, obispo de La Rochela”. La breve nota de Montfort acompañó la carta del obispo.

Parte, querida hija, parte lo más pronto posible. Ha llegado por fin el momento de iniciar la fundación de las Hijas de la Sabiduría. Quisiera verte aquí, en La Rochelle, donde me encuentro en la actualidad. Pero, si te demoras, no me encontrarás, porque tengo que salir para una misión.

29

**A LAS RELIGIOSAS MARÍA-LUISA TRICHET Y CATALINA BRUNET,
EN LA ROCHELLE
Taugon-la-Ronde, 4 de abril 1715.**

Tras seis días de viaje llegaron las religiosas a La Rochela cuando ya Montfort había partido para la misión. Ellas se instalaron y le consultaron algunas cosas. Ocho días después él les precisa las normas prácticas de vida, más ordenadas al futuro que a las dificultades del presente.

¡Viva Jesús! ¡Viva su cruz! Queridas hijas:

1. Creo que, en lugar del pobre pecador que les escribe, pueden tomar como director y confesor al señor Deán de los canónigos, con tal que no hagan ni él les mande hacer nada contrario a las Reglas y a las que les daré más tarde.
2. Observen desde ahora las pequeñas reglas que les he dado y comulguen a diario -ambas lo necesitan- con tal que no cometan pecado venial deliberado.
3. Me dijeron que salen a ver la ciudad. No puedo creer tan inútil curiosidad de parte de las Hijas de la Sabiduría. Ellas deben ser para todos modelo de modestia, recogimiento y caritativa humildad.
4. Llámense Comunidad de las Hijas de la Sabiduría para la educación de los niños y el cuidado de los pobres.
5. Quisiera ir a visitarles. Pero dudo que pueda viajar a La Rochelle inmediatamente después de esta misión, porque tengo otra, para la cual me apremia el señor Obispo.
6. Observen con la pequeña Godofreda -si ella lo quiere -el reglamento cotidiano, el levantarse, el acostarse, la oración y el rezo del santo rosario.
7. Aprendan a escribir bien y cuanto pueda hacerles falta. Compren para ello algún libro de escritura de molde.
8. Envíenme noticias tuyas con el Hno. Juan, si no pueden venir aquí.
9. Dios -que es todo bondad- quiere que María Trichet sea la Madre superiora durante tres años por lo menos, con tal que sea decidida y caritativa.
10. No conviene que María Roy entre, sin más ni más, en casa con sus hijas, porque no están acostumbradas al silencio, que es necesario observar.

11. No teman exagerar, al principio, en observar y hacer observar el silencio en la comunidad y en clase, pues si permiten hablar sin el debido castigo, todo está perdido.

¡Dios sólo! El 4 de abril de 1715.

30

A MARÍA ANA RÉGNIER

La Rochelle, el 12 de agosto de 1715, (día de Santa Clara).

El tono apremiante de la carta se explica por sus circunstancias. En la primera parte Montfort estimula a María Ana, indecisa para integrarse a las Hijas de la Sabiduría, a no dejar pasar la gracia de Dios sin responder a ella. En la segunda parte dice al padre de la joven: los hijos son regalos de Dios, y si él los pide para sí, no se los pueden negar.

A María Luisa le había dicho Luis María: “Hija mía, María Regnier, a quien quiero asociar a la Sabiduría, es una santa”. Cuarenta años más tarde, una multitud increíble de personas, sacerdotes y laicos, acompañaron el cortejo fúnebre de la Hermana de la Cruz: María Ana Regnier, cuarta Hija de la Sabiduría. Decían todos haber venido más que a orar por ella, a pedir su protección ante Dios. En 1715 María Regnier vivía cerca de La Rochela. Montfort la había conocido hacia 1712. Ella llevaba casi tres años en su vocación religiosa.

Querida hija: ¡Viva Jesús! ¡Viva su cruz! La gracia del Espíritu Santo no tolera tardanzas. Cuando Dios pide algo a su creatura, le habla suavemente y no quiere forzar su libertad. Pero cuanto más aplaza uno el obedecer a lo que tan delicadamente pide, tanto más rara se hace la llamada, tanto más se debilita su voz, tanto más se irrita su justicia. ¡Cúdate, pues! El señor Obispo, a quien hablé hace unos días, quiere que vengas aquí con las Hijas de la Sabiduría. Yo, a mi vez, lo deseo y te lo pido. Para que no puedas resistir a la llamada del Altísimo, te envió un expreso y te

ofrezco una comodidad. Trae la ropa necesaria y con qué hacerte un hábito pobre como el de Santa Clara, o mejor, conforme a la pobreza de Jesucristo. Las Hijas de la Sabiduría te quieren y esperan. Mil razones de naturaleza y gracia –que no menciono– reclaman tu presencia aquí mañana mismo. Antes de la Asunción debo partir sin demora para una grandiosa y larga misión. Pero quiero verte aquí antes de partir. El señor Obispo, que quiere saludarte, parte también.

¡Apresúrate, pues! Entre más te demores, menos agradables a Dios serán tu sacrificio y tu victoria. De mi parte, te declaro que, si no aprovechas la muestra de aprecio y amistad que no doy a ningún otro, no te veré nunca más y tu turbación aumentará de día en día, y aquí puede comenzar tu perdición. No digas: «Obedeceré a Dios después de la vendimia». Sería injuriar gravemente a este gran Señor. Imitarías a aquel joven del Evangelio que perdió la vocación por haber querido enterrar a sus padres antes de seguir a Jesucristo.

Todo tuyo.

Las palabras siguientes son para tu padre.

Maestro Régnier: Le saludo en Jesucristo y le pido no se oponga a la voluntad de Dios sobre la hija que El ha colocado como depósito entre sus manos. El se la entregó para que se la conservara hasta el día de hoy en la inocencia bautismal, como Ud. lo ha hecho. Pero Ud. no puede apropiársela. Es un bien de Dios. Es un bien ajeno que Ud. no puede robarse impunemente. Si se la ofrece en sacrificio –a ejemplo de aquellos padres y madres que, como cuenta la historia, han sacrificado generosamente a Dios (como Abrahán) sus hijos e hijas–, ¡cuántas bendiciones veo prontas ya a descender sobre su persona y sobre cuanto le pertenece! ¡Qué gloria y qué corona contemplo preparadas para Ud. en la eternidad! ¡Pero...!

31

**A SOR CONCEPCIÓN (= CATALINA BRUNET)
Fontenay-le-Comte o Vouvant, 24 de octubre 1715.**

Algunos días antes de partir a la misión, Luis María creyó bien que sor Concepción fuera al Hospital General de La Rochela como directora adjunta. Tarea delicada. Dos meses después ella le escribe para informarle en detalle de sus penalidades y pedirle ser retirada del cargo. Se la miraba como reformadora venida a cambiar usos y costumbres tan antiguos como el hospital. Montfort le habla de obediencia, de fidelidad y del valor necesario para perseverar en la misión comenzada.

¡Viva Jesús! ¡Viva su cruz!

En nombre de Jesucristo, hija mía, cuida tu vocación y no abandones el Hospital ante la fuerza de la tentación. Si lo dejas, no quiero volverte a ver. Si no quieres confesarte con el P. Le Tellier, te autorizo para confesarte, durante tres meses, con el señor Capellán del Hospital. Consérvate fiel a la regla general y particular que Jesús, tu amado Esposo, te ha dado, sirviéndose de mí. Cuídate, –te lo repito– y no sigas tu parecer personal. Pido de rodillas al buen Jesús que te sostenga contra todo el infierno, temeroso de la reforma del Hospital. Queridísima hija, soy todo tuyo mientras tú seas obediente.

El 24 de octubre de 1715.

32

**A LA COMUNIDAD DE LA SABIDURÍA EN LA ROCHELLE.
Saint-Pompain, 31 de diciembre 1715.**

Terminada en diciembre la misión de Vouvant, Luis María vuelve a La Rochela. A penas dejó a las Hermanas, María Luisa le escribió para solicitar sus consejos. El quiere que la Sabiduría se rija por sí misma, estando cerca de las religiosas sólo para

cuidar de su formación espiritual. Los mejores augurios de año nuevo son cruces y pobreza.

Ultimo día del año.

Queridísimas hijas en Jesucristo: Les envío ese libro hecho para ustedes. Léanlo en público y en privado. Les digo cuanto en él se dice.

No se impacienten por mi ausencia. Mi persona y mi voluntad propia -enteramente diabólica por buena que parezca- lo echan todo a perder. Cuanto menos intervenga yo en esta fundación, mayor éxito tendrá. De ello estoy seguro.

Sin embargo, que cada una me escriba todos los meses para darme a conocer:

1º las principales tentaciones que haya experimentado durante el mes;

2º las principales cruces que haya llevado debidamente;

3º las principales victorias que haya logrado sobre sí misma.

Ténganme al corriente de los principales cambios que ocurran. Les llevo en el corazón adondequiera que voy.

Abran, hijas queridas, abran el corazón a la Madre superiora y al confesor, si Dios les inclina a ello.

Todo de todas en Dios sólo.

Les auguro un año lleno de combates y victorias, de cruces, de pobreza y desprecios.

33

**A LA SEÑORA DAUVAISE, EN NANTES
De la misión de San Lorenzo de Sèvre,
el 4 de abril de 1716.**

Tras la demolición del Calvario de Pontchâteau Montfort pasó algunos meses en Nantes, donde una dama le ofreció un modesto alojamiento. Notando él que en toda la ciudad no había un solo asilo para los incurables, alquiló una casita, destinada a todos

los incurables que cupieran. Para dirigirla escogió dos jóvenes virtuosas y voluntarias a quienes dio un hábito parecido al de la Sabiduría. A la inquietud de la directora por ampliar la obra responde el misionero: Si se amplía el hospital es necesario personal adecuado para su dirección. En rigor, él podría enviar dos Hijas de la Sabiduría. Pero deberían ser ayudadas por seglares. Tratará personalmente el problema en Nantes, si el obispo lo admite en la ciudad. Si la obra es de Dios, lo mejor es seguir las indicaciones de la Providencia.

¡Viva Jesús! ¡Viva su cruz! Respaldo por el tesoro inagotable de la divina Providencia, nuestra Madre bondadosa, que nunca nos ha fallado en nuestras empresas por su gloria, contesto resueltamente que puede aceptarse y firmarse el arriendo de la casa en cuestión, con tal que las personas que van a encargarse del cuidado de los pobres incurables tengan las cualidades siguientes:

1º que, por pocos o muchos que sean sus haberes, tengan ciencia o no la tengan, no se apoyen en brazo alguno de carne ni en talento natural alguno, sino únicamente en la ayuda invisible y misteriosa de la providencia de nuestro Padre del cielo;

2º que sigan total y puntualmente la misma regla y tengan el mismo director, sin que nadie –por mucho dinero que traiga consigo o por mucho talento que posea– pueda, a modo de privilegio o por condescendencia, eximirse de la vida en comunidad, de la regla o del director;

3º por último, que se hallen preparadas –si la obra es de Dios– a padecer con alegría toda clase de cruces. Efectivamente, ésta es la casa de la cruz, y no debe dársele otro nombre. Y lo primero que hay que hacer en ella –con permiso del Obispo– es plantar una cruz, a fin de que ésta le dé el nombre, la gracia y la gloria a perpetuidad. Al comienzo bastará con plantar en medio del patio o del jardín una cruz sencilla, en espera de algo mejor. Será el primer mueble que lleven a ella. Pero será preciso que nuestro

amigo la bendiga o haga bendecir. Al recibir la noticia estaba pensando enviarles a Nantes dos hijas de la Sabiduría que trabajan por los pobres en esta diócesis, una de ellas tiene, aproximadamente, cuarenta años. Creo que las dos son aptas para este empleo.

Pidamos a Dios, infinitamente bueno, que nos dé a conocer su adorable voluntad. Pero ¡Dios mío! ¡Qué pocas son las jóvenes obedientes, silenciosas, prudentes y sacrificadas! Todas ostentan su importancia y suficiencia, si no en el corazón, al menos en la cabeza. Pienso que algunas jóvenes de fuera, unidas a las que le señalo, y siempre que tengan las cualidades indicadas, serían más capaces de iniciar y consolidar la obra en cuestión si se la planta y fundamenta sobre piedras vivas. Saludo con el mayor respeto al señor Du Portail y a todas aquellas buenas personas que se asocian a nosotros en la caridad del Corazón de Jesús, el más crucificado de entre los hombres. Si el señor Obispo de Nantes lo cree oportuno -pues no iré sin su autorización-, estaré en Nantes el 5 de mayo por la tarde. Le adjunto una esquila que tengo el honor de dirigir a Su Excelencia. Saludo con el más profundo respeto al señor Barrin y le suplico la presente a Su Excelencia, por intermedio del señor Vertamont. Si Monseñor me niega los quince días que le pido para descansar en Nantes de mis trabajos y sin perder el tesoro infinito de la santa misa, será señal cierta de que no es voluntad de Dios que vaya a Nantes. Y, si no voy, creo firmemente -como si fuera artículo de fe- que las cosas marcharán infinitamente mejor. Me encomiendo a las plegarias de todos los Amigos de la Cruz¹¹, para que Dios no tome aquí venganza de mis pecados negándome la conversión auténtica de las gentes que me escuchan. Todo suyo en Jesús y su santísima Madre. Saludo a todos los ángeles de la ciudad de Nantes y al suyo en particular. Humildad. Humillación, humillación. *Deo gratias.*

L. M. Grignon.

¹¹ Asociación fundada por Montfort en la parroquia de San Similiano, de Nantes, en 1708.

A SOR MARÍA LUISA DE JESÚS, EN LA ROCHELLE
San Lorenzo, hacia la Pascua de 1716 (12 de abril).

Las Hermanas seguían en La Rochela enfrentadas a muchas contradicciones. No se reconocía el bien que hacían por la educación de la juventud. No se quería que siguieran en la casa que ocupaban. Tuvieron que buscar otra muy desadaptada y en ruinas. La Superiora expone todas sus penas a Montfort que había partido a la misión de San Lorenzo y le pide una respuesta. Es la última expresión y el último aliento de su corazón de padre, que sólo respira amor por el sufrimiento y las cruces, y que parece anunciarles de manera velada el fin de su carrera. Es su última carta a la más amada de sus hijas espirituales y a la primera comunidad de las Hijas de la Sabiduría, de la cual María Luisa es cofundadora. Les asegura que las cruces ya sufridas y las que vendrán darán solidez al instituto. Las recordará siempre a todas, y las anima a la búsqueda de la voluntad de Dios. Unos quince días más tarde el misionero y fundador habrá descansado de todas sus fatigas.

Queridísima hija en Jesucristo. ¡Viva Jesús! ¡Viva su cruz! Adoro el proceder justo y amoroso de la divina Sabiduría sobre su pequeño rebaño, albergado estrechamente entre los hombres para ser instalado y escondido a sus anchas en el Corazón divino, atravesado por la lanza con esta finalidad. ¡Oh! ¡Qué benéfica y agradable es esta sagrada recámara para un alma verdaderamente sabia! Esta ha salido de allí con la sangre y el agua cuando la lanza lo atravesó; allí encuentra refugio seguro cuando la persiguen los enemigos; allí vive oculta con Jesucristo en Dios, más victoriosa que los héroes, más coronada que los reyes, más resplandeciente que el sol y más elevada que los cielos. Si eres realmente discípula de la Sabiduría y elegida entre mil, ¡qué dulces te parecerán los desamparos, los desprecios, la pobreza y tu pretendida cautividad, porque con todos estos tesoros comprarás la Sabiduría, las riquezas, la libertad, la divinidad del Corazón de Jesús crucificado! Si Dios no me hubiera dado más ojos que los que recibí de mis padres,

me quejaría, me inquietaría con los locos y locas de este mundo corrompido. Pero ¡Dios me libre de hacerlo! Sábetelo que espero mayores y más dolorosos trastornos, que pondrán a prueba nuestra fidelidad y confianza y cimentarán la comunidad de la Sabiduría no sobre la arena movediza del oro o de la plata –de la que se sirve el demonio para consolidar y enriquecer cada día sus posesiones–, ni sobre el brazo de carne de ningún mortal, que, por sagrado o poderoso que sea, no deja de ser más que un puñado de heno, sino para fundarla sobre la Sabiduría misma de la cruz del Calvario. Quedó teñida esta divina y adorable cruz, quedó teñida y enrojecida con la sangre de un Dios, escogida entre todas las criaturas para convertirse en la única esposa de su corazón, el único objeto de sus anhelos, el único centro de sus aspiraciones, el único fin de sus trabajos, la única arma de su brazo, el único cetro de su imperio, la única corona de su gloria y la única compañera de su tribunal. Y, sin embargo, ¡oh incomprensibles designios!, esta cruz ha sido derribada con desprecio y horror, escondida y olvidada dentro de la tierra durante cuatrocientos años, etc.

Queridas hijas¹²: apliquemos todo esto al estado en que se encuentran actualmente. Les llevo conmigo en todas partes hasta en el altar. No les olvidaré nunca, con tal que amen mi querida cruz, en la que estoy unido a ustedes, mientras no hagan su propia voluntad, sino la santa voluntad de Dios, en la cual soy todo de ustedes...

¹² Este último párrafo va dirigido a toda la comunidad.